

Cruz del camino

Cada vez que Fabian Salas se queda trabajando en la mina hasta tarde se prometía a sí mismo que esa noche dormiría en alguna de las casas que había cercana a ella, pero nunca lo hacía.

Tenía 33 años y era ingeniero. Trabajaba en una mina cercana a la ciudad capital de Catamarca supervisando la explotación y ampliación de la misma. Por lo general terminaba su trabajo cerca de las nueve de la noche, y, aunque no era muy tarde, se agotaba tanto que no confiaba en hacer los 100 km. del regreso en su camioneta. La empresa dueña de la concesión de la mina había fabricado cuatro casas que estaban a disposición de los empleados que como él no vivían temporalmente en el área del yacimiento. Siempre lo tentaba la idea de quedarse allí a pasar la noche, pero los deseos de ver a su novia lo convencían más.

La noche del 22 de Enero del 2002 terminó su jornada con un cansancio atroz, y si no hubiera sido ese día en especial tal vez se habría quedado junto a la mina, pero justamente ese día era imposible. Cumplía tres años de noviazgo y había prometido que estaría en la ciudad esa noche.

Así fue que, aún exhausto, subió a su camioneta y se marchó a las nueve y cuarto de la noche, luego de tomar un fuerte café para tratar de ahuyentar el sueño.

Estuvo en la ruta principal en pocos minutos y se quedó tranquilo al ver que no había otro auto en ella. La carretera era más segura cuando se la tenía para uno solo. El problema para él era viajar solo, por que a pesar de que podía concentrarse más, eso lo aburría y conseguía

el efecto contrario,,haciendo que en muchas ocasiones mirara hacia los costados por varios segundos como si fuera paseando. Y para peor,la radio casi no conseguía señales hasta muy cerca de la ciudad,así que tenía que escuchar siempre algún cassette que llevara con él. Y prefería escuchar de vez en cuando a alguien hablando que lo mantuviese un poco concentrado por lo menos (así fuera algún evangelista curador de cánceres o uno de esos pseudo-poetas que poblaban la noche radial catamarqueña en algún tiempo).

De todas formas,esa noche el elegido como compañero de viaje fue Andres Calamaro,que comenzó a cantar que no se sentía bien apenas Fabian salió a la ruta.

La luna llena se recortaba como un agujero de luz perfecto en el negro cielo.El camino solitario sólo invitaba a mirar hacia delante.A Fabian siempre le habían parecido extraños los caminos.Eran una de las cosas más simbólicas que existían en todo el mundo,y siempre se había preguntado cuantas veces la palabra habría sido usada como metáfora de los sucesos que desencadenaban en algún resultado:”el camino al amor”;”el camino al triunfo”;”el camino a la muerte”;casi todo lo importante en el universo era capaz de poseer un camino.

Pero nunca se había dado cuenta de que un camino solitario era en realidad la metáfora de la vida misma:mientras se lo recorría sin ver su final parecía no conducir a ninguna parte,y al llegar al final,el destino era el mismo para todos.

La primera vez que miró hacia uno de los costados apenas llevaba cinco minutos recorriendo la ruta.Pero lo que vio le hizo volver la vista al asfalto inmediatamente.Una cruz de casi un metro de altura recordaba la muerte de algún viajero desafortunado,y Fabian

pensó que realmente no había peor visión que esa cuando se viajaba tan cansado (“por que mierda no se conforman con la cruz en el cementerio”, se preguntó).

Hasta el día de hoy nadie sabe por que se colocan cruces como la que vió Fabián al costado del camino.”Si hubiese tenido un paro cardíaco en el mismo lugar no habrían puesto la cruz, que creerán, que son mártires del automóvil?”, pensó.

La cruz lo había dejado muy nervioso, así que encendió un cigarrillo para calmar sus temblores. Le extrañó mucho atemorizarse tanto, había visto cruces en el camino miles de veces sin siquiera darles importancia. En eso pensaba cuando notó que un poco de la brasa del cigarrillo le cayó en el mameluco gris que tenía puesto, el que usaba a veces para recorrer la mina y que ese día, en el apuro por volver a la ciudad, se había dejado puesto.

Los segundos que demoró en sacudir la brasa del mameluco fueron fatales. Al levantar la vista nuevamente hacia el camino divisó una figura gris y lo único que pudo hacer para esquivarla fue girar el volante bruscamente hacia la izquierda. La camioneta dio varios vuelcos antes de detenerse con Fabian en su interior, inconsciente.

Abrió los ojos dos horas después, totalmente mareado. Se hallaba dentro de la camioneta, que estaba dada vuelta, acostado sobre el techo. Los faros no se habían roto y ahora alumbraban hacia el costado del camino. Entre la intensa lluvia que se había iniciado, alcanzó a distinguir una figura que lo convenció de que estaba muerto: una cruz en el camino.

Miró durante unos minutos la cruz hasta que comprendió que había sobrevivido y que eso no era más que una coincidencia macabra. Le dolía todo el cuerpo, pero no creía estar gravemente herido. Decidió salir de la camioneta, pero las puertas estaban trabadas. El parabrisas estaba hecho astillas, pero en su lugar, así que lo pateó hasta romperlo y por allí

logró salir. Se arrastró con todos los huesos llenos de dolor varios metros hasta la ruta. Una vez allí, volvió a caer inconsciente.

Se despertó media hora más tarde. La tormenta seguía y su cabeza parecía estallar. Estaba a unos cuatro metros de la camioneta, pero ni siquiera la miró. Se levantó y comenzó a caminar hacia la ciudad, convencido de que encontraría alguien que lo ayudara. Caminaba aturdido por el medio de la ruta siguiendo las líneas amarillas que no se quedaban quietas frente a sus ojos. El piso parecía moverse bajo sus pies pero eso no le importaba. Sólo quería llegar adonde alguien lo ayudara. En medio del dolor en su cabeza pensó que era muy extraño que nadie hubiera pasado por el camino. Miró su reloj pero este se había detenido a las nueve y media de la noche exactas.

Dio unos pocos pasos más cuando notó unas luces detrás de él. Se dio vuelta y se encontró con la muerte mirándolo a los ojos una vez más. La camioneta de la cual había advertido las luces un segundo antes logró esquivarlo por muy poco, pero al precio de un vuelco espectacular.

Por unos segundos pensó que había salvado milagrosamente su vida por segunda vez esa noche. Por unos segundos. Luego caminó hacia la camioneta.

La lluvia caía cada vez con más fuerza y él la sentía directamente dentro de su cabeza. Todo era confuso, todo estaba alterado. Ahora las líneas de la carretera parecían bailar y la lluvia provenir desde todos lados. Sus piernas tambaleaban con cada paso y sus manos tiritaban. Lentamente, una sonrisa desesperada iba dibujándose en su rostro. Una sonrisa enloquecida, descontrolada, casi perversa. Pasó frente a la camioneta, pero ni siquiera le echó

un vistazo. Se dirigió directamente hacia donde sabía que encontraría todo el sentido de esa noche. Se dirigió a la cruz, y en el momento en que la vió, supo que era la misma que acababa de ver desde el interior invertido de su camioneta. Lo supo con tanta certeza que apenas leyó la inscripción en el hierro negro para cerciorarse de que ya lo entendía todo.

Y así fue, la cruz decía exactamente lo que él pensaba. Y no le preocupó, ni siquiera le molestó. Tan solo ensanchó su sonrisa y siguió caminando.

FIN